

Vasconcelos y el Premio Nobel

Por Ismael Diego PEREZ

(Envío del autor. Es un recorte de la Revista Hoy)

Esta misma idea fue publicada por mí en el periódico «Novedades», en las fechas 13 de agosto y 3 de septiembre de 1957, con los títulos «Vasconcelos, filósofo de Iberoamérica» y «Vasconcelos, Premio Nobel». El Dr. Agustín Basave, distinguido filósofo regiomontano, repitió la misma idea en el periódico «Expélsior», con fecha 2 de octubre de 1957.

Vuelvo a incidir en las mismas razones, con nuevos aspectos originales y una mayor amplitud de desarrollo ideológico.

Si algún intelectual en Ibero-América merece el Premio Nobel de Literatura es el filósofo José Vasconcelos. Nadie como él representa la unidad continental de la cultura hispánica. Sus libros son el más noble legado de un hemisferio de estirpe y de cultura, que permanece y trasciende, porque la realidad del hombre se afirma y proyecta en todo momento, y el mundo iberoamericano es un espléndido pasado y presente, pero todavía es más grande en su futuro,

Tres signos meritorios concurren en José Vasconcelos: el culto del clasicismo cultural mediterráneo, el espíritu teológico y jurista de España y el sentido de Ibero-América, como unidad de destino en lo universal.

Su obra literaria y filosófica está llena de ese espíritu clasicista de la cultura, como lo vemos en sus estudios teóricos o en su visión cultural y política de la revolución mexicana. Todavía sigue en pie como paradigma de lo que llamó «la raza cósmica», el lema de la Universidad de México: «Por mi raza hablará el espíritu».

Pero sus méritos intelectuales o su acendrado humanismo cristiano, de tantos matices y de tanta riqueza de contenido, no ocultan o disminuyen al hombre de acción, como vemos en su novela autobiográfica «Ulises criollo», o en «La Tormenta». Podrían parangonarse sus méritos con un hombre fabuloso y realista del Renacimiento europeo, lleno de vitalidad aventurera o de misionero de nobles causas: podríamos dar cita en la misma persona a un Hernán Cortés o a un Motoliní, a un Antonio de Mendoza o a un Fray Junípero Serra.



José Vasconcelos

(En 1958)

Vivió una época de la historia mexicana en que era necesario saber de todo y hacer de todo: la gran riqueza de la estirpe iberoamericana le daba aptitudes universales, con un gran fondo de intuición, que era la llamada aborígen de la tierra y del hombre nuevo, en trance de creación revolucionaria. Alumbraba la obra del cílope, recreando el inmenso espíritu de los visionarios conquistadores, en el nacimiento de América.

Su función teórica había de ser en la medida de la acción. No hay filosofía ni especulación teórica si no se transforma en acto. No podría darse el academismo del erudito o del jardinero culto, que labra día a día los primores de su vergel, o del esteta de la palabra, para entretenerse en minucias o en detalles de la forma, sino el ciclón, el tornado o la tormenta, que en su impulso telúrico, todo lo arrolla o lo crea de forma improvisada y genial, lo mismo que el soplo divino origina la naturaleza.

Así es la obra de Vasconcelos. O son los arrebatos varoniles y providenciales del mexicano, que recuerdan su estirpe castellana, o es un gigante que encuentra su oportunidad y la ejecuta.

Simboliza en espíritu la misma gesta de Bolívar, el libertador. Vasconcelos pensó en Bolívar y escribió su

biografía. El venezolano desea crear con la espada y la política y confiesa que había arado en el mar. Vasconcelos desea crear con el espíritu: singular proeza que sólo podía comprender Don Quijote, el gran hidalgo de la Mancha. O aquella legión de misioneros cristianos, nuevos Quijotes en la conquista del alma indígena para Dios.

Pensemos que Don Quijote está vivo y están muertos el cura y el barbero: por esta razón, Vasconcelos cada vez será más realidad en el alma de los pueblos ibero-americanos.

Y a pesar de vivir en la acción, escribe algunos libros de valor permanente, como creados en el sosiego del estudio, y en la permanencia está la obra del genio: de Robinson a Odiseo, que leen todos los educadores de Ibero-América; la Raza Cósmica. O su maravilla de pensamiento trascendente, en su «Todología».

Una obra de gran valor teórico, como una catedral gótica, levantada con ideas y palabras, es la llamada «Filosofía estética». Si no hubiera escrito otros libros, bastaría éste sólo para dejar una huella profunda de su paso. No está lejano el día que en las cátedras de filosofía haya una dedicada a José Vasconcelos, como ocurrió con otros filósofos en el pasado, que no fueron reconocidos en su tiempo.

Este libro contiene un sistema filosófico de tanta trascendencia o de punto de vista original, como el «Discurso del Método», de Descartes, verbigracia, y de parecidas consecuencias culturales.

En síntesis; toda filosofía viene de Dios o lleva a Dios: es la misma conclusión de otros sistemas no teológicos. Vasconcelos establece lo que llama el «método de la coordinación».

En vez de filosofías de análisis, crea una filosofía de síntesis. Podemos pasar veinte años de análisis para hallar unas horas de síntesis, como la más difícil tarea del filósofo o del hombre de ciencia.

La filosofía vasconcelista no conoce por abstracción, sino por armonía, o por la revelación. La teología de San Pablo da la clave final del conocimiento.

(Pasa a la página 26)